

CAPÍTULO VII

LOS REINOS ARRIANOS

LA CAÍDA del Imperio romano de Occidente fué una de esas crisis terribles que hacen época en la historia de la humanidad. Semejante a un gran cataclismo de la naturaleza, precipitó a los bárbaros sobre la civilización como aludes que todo lo aplastan, o los paseó como bloques errantes por sus costados magullando y desgarrando sus delicados tejidos. A los horrores transitorios que acompañan a toda invasión a mano armada se unían las convulsiones que ocasionó la violenta introducción de tantos pueblos en un medio social en donde se establecían definitivamente. Venían con sus familias y sus dioses, y no sólo pedían oro y pan, sino tierras y hogares. Así, la época subsiguiente a la victoria fué en algunos lugares más cruel que la misma lucha.

Sería difícil dar un resumen de las escenas de carnicería y desolación que llenan los lúgubres anales del siglo v: el fuego y el hierro llevados por todas las provincias, poblaciones enteras pasadas a cuchillo, vastas regiones despobladas, el hambre exterminando lo que había perdonado la guerra, la desesperación empujando a la humanidad a los excesos más lamentables, y la naturaleza misma, privada de señores, volviendo a caer en su primitivo estado salvaje. No se exagera diciendo que la imaginación no puede concebir atrocidad alguna que no haya pasado sobre los hombres durante estas saturnales de la muerte, y los gritos de dolor proferidos por los contemporáneos no nos han guardado más que un eco débil de aquellos tiempos infortunados en que se creía asistir a la destrucción del universo ¹.

Sin embargo, el Imperio gravitaba tan pesadamente sobre aquel mundo, que muchos no creyeron haber comprado su desaparición demasiado cara al precio de los desastres inevitables de la invasión. Experimentaban alivio al verse libres del horno infernal del mundo romano, cuya atmósfera, espantosamente caldeada, devoraba todas

¹ VÍCTOR VII., III, 18; IDAT., *Chron.*, *De Bell. vandal.*, I, 2, y *De Bell. goth.*, c. 16; S. ISID., *Histor.*, c. 72; PROCOP., II, 17.

las existencias: ahora, aunque entre ruinas, se respiraba, y aun cuando los bárbaros fuesen señores incómodos y odiosos, se estaba con más tranquilidad ante ellos que en presencia del gigantesco fantasma imperial. Indudablemente, la catástrofe era espantosa; pero ¿es que la vida bajo el Imperio romano no lo había sido más? No hay que admirarse, pues, de encontrar esta impresión en los escritores de aquel tiempo, al lado de los siniestros recuerdos dejados por los terrores de la invasión, y se han de combinar estas dos categorías de testimonios opuestos, si se quiere tener una idea de la impresión producida sobre los espíritus por los grandes trastornos del siglo v ¹.

En suma, era manifiesto que acababa de abrirse una era nueva; el mundo ya no pertenecía a Roma; la propia Roma, y el mundo con ella, estaban a merced de pueblos jóvenes e inexpertos que acababan de hacer su entrada victoriosa en la escena de la historia. Se veía a estos conquistadores en todas las ciudades de Europa occidental. Germania y Escandinavia, *aquellas oficinas de naciones* ², parecían haberse vaciado sobre el Mediodía, y en el siglo v encontramos esparcidos por las orillas del Mediterráneo, en extraña mezcla, hombres de pueblos que hallábamos en tiempos de Tácito allá por las orillas del Báltico y del mar del Norte, y en los días de Marco Aurelio y de Decio, en las riberas del Danubio y del mar Negro. Todas las naciones germánicas habían dejado algunos de sus restos en Italia: bajo Odoacro se ve figurar allí a los hérulos, a los esciros, a los rugios, a los turcilingos y a los alanos, sin contar a los descendientes de los marcomanos y de los taifales, que habían establecido allí colonias desde el siglo II, y a los ostrogodos, cuya grave masa iba a caer muy pronto con todo su peso sobre aquellas incoherentes fracciones de pueblos.

España había visto en el año 409 cómo los desfiladeros de los Pirineos, entregados por traición, se abrían a nubes de bárbaros que se desparramaban por todas sus regiones; los suevos habían ocupado el noroeste, los alanos el centro y los vándalos el norte y el sur; después, otro grupo de la familia gótica, los visigodos, había venido a turbar en su posesión precaria a aquellos conquistadores de un día, rechazando a los suevos hacia las montañas, destruyendo a los alanos, expulsando a los vándalos, y creando en ambas vertientes de los Pirineos un reino que se extendía desde las orillas del Loira hasta

¹ SALVIAN., *De Gubern. Dei*, V, 37; ² JORDAN, c. 4. PAUL., *Oros.*, VII, 41.

las columnas de Hércules. Rechazados a la otra parte de éstas por los progresos de sus poderosos adversarios, los vándalos habían ido a caer sobre las provincias africanas y se habían fijado en Cartago, en donde heredaron el poder marítimo de esa ciudad famosa, a la vez que su odio implacable al nombre romano.

La Galia, insigne florón de la corona de Occidente, había sido despedazada por muchas naciones; al lado de los visigodos, los burgundios ocupaban el hermoso valle del Ródano, con las elevadas regiones alpinas que envían a todos los mares el tributo de sus aguas; los alamanes habían forzado la línea de circunvalación que protegía los *campos decumatos*, y se habían esparcido por la parte del Rin hasta las llanuras de Alsacia; los francos se habían establecido sólidamente junto al curso inferior de los tres grandes ríos de los Países Bajos, el Rin, el Mosa y el Escalda, mientras que en los últimos confines del Imperio los anglosajones proseguían despiadadamente la conquista de la isla de Bretaña, abandonada por los romanos.

Veinte pueblos efímeros se disputaban el valle del Danubio; los rugios eran dueños de la Nórica desde la muerte de San Severino; más lejos estaban los hérulos, inquietos aventureros que se distinguieron en sus servicios a Bizancio, pero que no llegaron a fundar una nación estable; detrás de ellos se escalonaban los gépidos, retaguardia del grupo gótico, destinada a perecer en un duelo trágico con los últimos invasores. Fueron éstos los lombardos, que, acampados en las alturas de Bohemia, parecían estar de reserva para cerrar la era de las grandes migraciones y de las grandes catástrofes.

Todos estos bárbaros, que habían sido igualmente temibles para el Imperio, eran igualmente detestados por los romanos, cuyo resentimiento nacional no hacía distinción entre ellos. La historia, más equitativa y más perspicaz, tiene que hacer distinciones esenciales. Examinando con un poco de atención el hormiguero de pueblos germánicos que van y vienen por entre las ruinas del Imperio deruido, se ve muy pronto que se dividen en dos grupos geográficos cuyas tendencias y destinos difieren profundamente. El grupo del Norte, que comprendía los francos, los alemanes y los anglosajones había conservado toda la rudeza de sus costumbres primitivas; representaban la barbarie pura, que no se había ablandado en los campamentos de los ejércitos imperiales, que no había inclinado la frente bajo las aguas del bautismo y que no tenía miramiento alguno con respecto al mundo romano. Cuando se encendían sus temperamentos con la fiebre de la carnicería, se entregaban a ella con frenesí ilimitado; todo perecía a sus golpes; las ciudades que caían en

tre sus manos veían a sus habitantes, incluso los sacerdotes, pasados a cuchillo, aun a los mismos pies de los altares, y después los feroces vencedores se gozaban en ver arder aquellos muros teñidos en sangre. Todavía hoy el suelo de Bélgica y de las provincias renanas es testigo silencioso pero elocuente de aquellos estragos, que no han tenido historiador. A los exploradores que excavan sus tierras ofrecen en abundancia las ruinas de ciudades y villas romanas calcinadas por el incendio y tendidas sobre los huesos de sus habitantes degollados.

Los pueblos que formaban parte del grupo meridional tenían aspecto menos sombrío. De entre todos los germanos, parecen haber sido los mejor dotados y los más aptos para asimilarse las conquistas de la civilización. Con la única excepción de los vándalos, se habían familiarizado hacía largo tiempo con las costumbres romanas; hablaban la lengua del Imperio; habían servido en gran parte bajo sus banderas y eran para él soldados rebeldes más bien que enemigos irreconciliables. La mayoría de ellos había sufrido la saludable influencia del cristianismo, y se acordaba de ella aun en medio de sus más extremadas violencias. El saqueo de Roma por los ejércitos de Alarico no ofrece los horrores que acompañaban a la conquista de las ciudades de la Galia y Bretaña por los terribles compañeros de Croco o del hombre de Fuego. Para completar este paralelo hay que añadir que éstos, establecidos en las extremidades septentrionales del Imperio, habían quedado en contacto con el suelo natal, de donde sacaban sus recursos e inspiraciones, y que una afluencia incesante de barbarie venía a neutralizar en ellos la acción suavizadora de la civilización. Los del Sur, por el contrario, desarraigados por completo y arrojados lejos de su patria primitiva, en medio del mundo mediterráneo, se pulían poco a poco, gracias a su trato diario con poblaciones extranjeras. Entre romanos y bárbaros el abismo era menos ancho en las riberas del Tíber y del Tajo que en las del Rin y del Támesis, y todo hacía creer que si la raza germánica estaba llamada a renovar al mundo, aquella gloriosa misión estaría reservada a los pueblos del grupo meridional.

Sin embargo, fueron precisamente los más bárbaros y los más atrasados de todos aquellos invasores, los francos y los anglosajones, quienes tuvieron el honor de fundar la civilización moderna, mientras que sus hermanos, mejor dotados y aparentemente más favorecidos por la fortuna, debían perecer en el umbral mismo del mundo nuevo que iluminan con su brillo fugaz. He aquí un espectáculo extraño y de los más instructivos que han registrado los anales de

la civilización. No es inexplicable, y se habrá dado un gran paso en el conocimiento de este vasto asunto, si se llega a comprender por qué la historia no ha respetado el derecho de primogenitura de los pueblos cuyos rápidos destinos van a pasar ante nuestros ojos.

¿Cuál era, inmediatamente después de las primeras convulsiones de la conquista, la situación de los bárbaros frente a las poblaciones romanas? A decir verdad, no era de una violencia excepcional, ni tenía nada de particularmente opresivo para los vencidos. Puede admitirse sin mucha temeridad que, hasta cierto punto, tenía algún carácter legal, muy diferente del régimen creado por una conquista pura y simple; por lo pronto, los bárbaros no habían tomado posesión más que de una parte del suelo provincial, y dejaban el resto a los antiguos propietarios. Las condiciones en que se había efectuado esta partición forzosa no eran de su invención; las habían copiado, casi sin cambiar nada, de la legislación imperial sobre alojamientos militares. Según ella, los habitantes compartían su hogar con el soldado en proporción determinada: una tercera parte era cedida al *huésped*, como le llamaba el lenguaje oficial, y las otras dos terceras partes quedaban a disposición del provinciano ¹.

Quando, cansados de su vida errante, quisieron los bárbaros convertir en definitivo este régimen temporal, sometieron las propiedades territoriales a la misma obligación, y dividieron con el antiguo dueño no sólo su casa, sino también sus bienes. Es cierto que a menudo se les ocurrió quedarse con la parte del provinciano, es decir, con los dos tercios, dejándole sólo uno; pero, aun esta modificación, la más importante de las introducidas en tales relaciones, se hizo de manera regular y general. Por lo demás, si se exceptúa lo que sucedió con los vándalos, cuya conquista tuvo carácter más atroz que todas las demás de estos pueblos, nunca hubo confiscación ni expropiación total. A ello ayudó el hecho de que el número de los que debieron ceder uno o dos tercios de su haber no excedió al de los nuevos ocupantes, y éstos respetaron la vida y los bienes de los provincianos en cuanto se vieron ellos mismos dueños de aquella tierra por la que tanto habían suspirado. En resumen, las poblaciones de las provincias recibieron menor sorpresa por la invasión que la que nosotros podemos imaginar. En más de un caso toda la conquista consistió en convertir en permanentes los alojamientos militares que antes eran temporales. Por otra parte, muchas veces el conquistador que tomaba para sí una parte de los bienes del provinciano era el mismo que los había disfrutado ya como soldado del ejército roma-

¹ *Cod. Theod.*, VII, título VIII.

no, por lo que el propietario compartía ahora sus bienes con un antiguo conocido.

Sin exagerar el alcance de estas consideraciones, y sin querer disminuir los sufrimientos de la primera hora, puede decirse que la partición forzosa de las tierras tuvo por lo menos dos buenos resultados parciales. El primero fué fijar definitivamente al suelo e interesar en la conservación de la paz pública a aquellos ejércitos errantes e indisciplinados, para quienes la destrucción era antes casi una necesidad. El segundo fué aumentar el número de propietarios libres y dar alguna vida a la agricultura, parcelando desde luego aquellos inmensos latifundios que reducían a praderas o a bosques regiones enteras. Puestos en posesión de sus nuevos dominios, los bárbaros dejaron de ser un peligro para la propiedad y para la seguridad pública, pues sus intereses se confundieron con los del resto de la población, y se hicieron conservadores en cuanto tuvieron algo que conservar. Aquellos hombres, que habían sido los enemigos más crueles del orden social, se vieron reducidos, por tales cambios de fortuna, a ser sus más enérgicos defensores.

Las provincias romanas debieron presentar un aspecto bien extraño a raíz de los acontecimientos que habían llenado el siglo v. Por todas partes se encontraba una población abigarrada en la que se mezclaban en proporciones desiguales dos razas, o, mejor dicho, dos sociedades vaciadas la una en la otra; en todas partes la más numerosa y más ilustrada estaba sometida a la más grosera e ignorante, con todo el cortejo de humillaciones y violencias que lleva consigo necesariamente semejante confusión. Las guarniciones de cosacos que vieron nuestros padres sobre nuestras ciudades en 1815 debían parecerse en muchos aspectos a estos déspotas arrogantes y brutales, venidos como ellos del fondo de las estepas a las ciudades occidentales. Al verlos circular por las calles en medio de la población romana, se les reconocía inmediatamente por su porte soberbio, su talla gigantesca, el color espléndido de su cutis y de su pelo, su traje corto y ceñido, tan pobre al lado de la toga romana ¹.

A diferencia del voluptuoso ciudadano romano, perfumado, acicalado y coronado de flores, que se distinguía por la pureza de su acento y por el aire afeminado de su persona, estos bárbaros tenían continuamente su arma al costado, hablaban un idioma ronco e ininteligible, se servían de manteca rancia para frotar sus largos cabellos rojos, y los elegantes patricios, que no se atrevían a mirarles cara a cara, se vengaban de ellos diciendo que olían mal ². Pero su orgullo

¹ *Sid. Apoll.*, *Epist.*, IV, 20.

² *Sid. Apoll.*, *Carm.* XII, 6.

bárbaro no cedía ante la vanidad senil de los romanos; tenían el sentimiento de su incontestable superioridad, y, lejos de avergonzarse de sus costumbres nacionales, consideraban honroso el acentuarlas en todas partes en donde el conflicto entre ellos y los vencidos era más agudo. Aferrábanse a su traje, a su lengua y a sus leyes, porque todo eso constituía los signos distintivos de la raza victoriosa; y si acabaron por renunciar a ellos, no fué más que a la larga y, por decirlo así, inconscientemente.

Por lo demás, sea cual fuere la diversidad mantenida entre ambas razas, los bárbaros formaron en todas partes un grupo compacto y unido que ofrecía los caracteres de una verdadera aristocracia. El rey era uno de los suyos, y hacía reflejar sobre ellos el esplendor con que brillaba; mientras que para los provincianos era el heredero de los Césares y la encarnación augusta del poder público, para ellos era siempre el jefe nacional, más amado que temido. Sentados a su mesa y viviendo a su alrededor, sostenían con él relaciones que revestían una familiaridad que los elevaba por encima de la clase ordinaria de súbditos; en ellos residía, además, como en tiempos del Imperio, la fuerza armada, ya la compusieran ellos solos, ya se les hubiesen añadido contingentes reclutados entre los indígenas. Esta superioridad militar acarrea privilegios; ya tenía muchos y reivindicaba aún más. Nada, por ejemplo, les repugnaba tanto como pagar impuestos; según su perspectiva bárbara, el impuesto era el signo de la servidumbre, bueno a lo sumo para aquellos que no pagaban la gloriosa prestación de su sangre. Conservaban su propia legislación, entre cuyas anchas mallas se movían con una libertad tan envidiable, mientras que los romanos quedaban encerrados en las cadenas múltiples y ceñidas de una legislación sabia, pero desdeñosa de los derechos de la personalidad. Resistían enérgicamente a los esfuerzos que hacían sus reyes para someterlos al yugo de la misma autoridad que a los provincianos; su oposición a los abusos de un poder a la romana hubiera suscitado también más de una dificultad a la ambición de los soberanos, si su fin precoz no hubiese ahogado en una misma catástrofe a reyes y pueblos.

En cuanto a la sociedad romana, aun bajo la autoridad de los bárbaros, se mantenía como siempre; había cambiado de señor, pero no de régimen; su soberano, en vez de llamarse Emperador, se llamó en adelante rey, y los condes sustituyeron en la mayoría de los países a los innumerables funcionarios que con el nombre de prefectos del pretorio, vicarios, rectores, legados o presidentes, gobernaban

bajo órdenes superiores las provincias y las ciudades. Por lo demás, se continuó viviendo y divirtiéndose como antiguamente.

La administración se mantuvo tan romana como antes y continuó en manos de empleados romanos, aun cuando ejercida por cuenta de los bárbaros, quienes ordinariamente no entendían nada de ella; los provincianos conservaron sus tribunales y su código; lejos de pensar en alterar la legislación imperial, los soberanos bárbaros se mostraron sinceramente interesados en asegurar sus beneficios reales o supuestos a sus súbditos romanos. Desde el primer siglo de la ocupación se dedicaron a recopilar las disposiciones esenciales del derecho romano; estas colecciones, como el *Breviarium* de Alarico II o el *Papianus* de Gondebaldo, eran en verdad compilaciones informes, que atestiguaban profunda decadencia del espíritu jurídico; pero, al fin y al cabo, eran códigos enteramente romanos, hasta el punto de que aún se conservaban en ellos leyes injuriosas para los conquistadores. Tal fué, principalmente entre los visigodos, la ley de Valente, que prohibía el matrimonio entre romanos y bárbaros¹, y que subsistió, por lo menos en el papel, hasta el reinado de Recesvinto. Inadvertencia extraña sin duda, pero significativa, puesto que atestigua la especie de impotencia del genio bárbaro frente a la fuerte cohesión del derecho romano. Los municipios conservaron la poca vitalidad que les había dejado el régimen precedente, y fueron languideciendo insensiblemente bajo la mirada distraída de los conquistadores, con sus curias, sus defensores y sus modestas atribuciones locales. La existencia privada del romano en nada difería de lo que fué en tiempo de los Emperadores; se le ofrecían siempre, aunque en proporciones reducidas, las voluptuosidades y sufrimientos de la época imperial. Roma, Rávena y Arlés nos muestran los juegos públicos tan populares, si no tan florecientes, bajo Teodorico como lo eran bajo Marco Aurelio. Las mismas carreras de caballos, los mismos bandos, los mismos entusiasmos, la misma frivolidad incurable. Es casi inútil añadir que el fisco no había perdido nada de su avidez de otros tiempos y que disponía de los mismos recursos administrativos para estrujar a las poblaciones; a lo sumo puede decirse que no era tan destructor, porque las exacciones bárbaras eran menos sabias y menos sistemáticas. En resumen, el Imperio había sido conquistado, pero las costumbres y las instituciones no habían de conocer el yugo de la conquista.

Y esto se comprende. La sociedad romana era demasiado orgullosa y estaba demasiado satisfecha de sí misma para no cerrarse desde-

¹ *Cod. Theod.*, III, XIV, I.

ñosamente ante el odioso contacto de los bárbaros: aunque los tenía que aguantar, los despreciaba demasiado para ocurrírsele imitarlos en algo: ni en sus vicios, porque los de ella eran más dulces, ni en sus virtudes, porque eran demasiado rudas y demasiado difíciles. Además, los bárbaros no eran tantos como para poder imponer su género de vida y demasiado ignorantes para someter a su escuela a hombres civilizados. Por otra parte, salvo algunas excepciones individuales, los romanos no intentaron nada de lo que, al traer la aproximación entre ellos y sus señores, debía apresurar la fusión de las razas y preparar el advenimiento de un régimen nuevo; les parecía natural que todos los pasos los diesen los bárbaros mismos; encerrados por su orgullo en los prejuicios y defectos que les habían hecho perder el dominio del mundo, no trataron de merecerlo de nuevo, haciéndose más dignos de él que sus conquistadores, ni de estudiar el secreto de la superioridad de éstos. Ni aun siquiera se tomaron el trabajo de estudiar su lengua, y, cuando alguno de ellos llegaba a saberla, recibía de sus compatriotas felicitaciones en que la admiración dejaba traslucir algo de ironía¹. "Los bárbaros —escribía un letrado a uno de sus amigos— me inspiran antipatía porque son malos, pero me repugnan igualmente cuando son buenos"². El mundo romano permaneció, pues, frente a los conquistadores como una masa impenetrable, en la que no podían ejercer influencia alguna, buena ni mala.

Los bárbaros, por el contrario, habían de sentir a la larga los efectos de aquella ley histórica que dice que, cuando las viejas civilizaciones son conquistadas por pueblos jóvenes, se vengán de ellos asimilándose los. Esparcidos en medio de las profundas masas de la población indígena, o acumulados en algunos puntos en interés de su propia seguridad, no podían sustraerse a la influencia del medio ambiente, y se encontraban prisioneros de la vida romana. Individualmente, resistieron más o menos tiempo a la acción de este contacto de todos los días y de todas las horas; tomados como nación, se vieron obligados a sufrirla inmediatamente. En la mezcla de nacionalidades que componía sus reinos, el elemento romano había de prevalecer indiscutiblemente, porque era a la vez el más numeroso y el más civilizado; así no es de admirar que por todas partes, a través del tejido infantil de las instituciones bárbaras, se vea reaparecer la unidad transparente de la trama romana, sobre cuyo fondo común han tenido que trabajar todos los conquistadores.

¹ SID. APOLL., *Epist.*, V, 5; CASSIOD., *Variar.*, VIII, 21. ² SID. APOLL., *Epist.*, VII, 14.

Este fenómeno, que había de acentuarse con los años, presenta desde el principio un carácter de generalidad muy notable. La realza fué la primera institución bárbara que revistió el aspecto romano, sacando por otra parte grandes ventajas de una transformación que realizaba su prestigio y aumentaba sus derechos. Es necesario añadir que la vanidad tuvo en ello tanta parte como la política; llenando sus manos en la vasta provisión de títulos e insignias que les ofrecía el ser sucesores de los Emperadores, los reyes bárbaros parecían experimentar placer inefable en cubrirse con unos y otras, haciendo lo mismo con los miembros de su corte. No siempre es fácil reprimir una sonrisa cuando se les ve, recubiertos así, comenzar con solemnidad torpe y rígida su nueva misión de soberanos. Es que no era tan sencillo manejar convenientemente los hilos innumerables que la centralización romana ponía en las manos del señor; para no fracasar, necesitaron rodearse de un personal que tuviese experiencia en las cosas de la corte y de la administración; y, naturalmente, escogieron a romanos. Basta recordar aquí los nombres de León de Narbona, de Laconio¹, y, sobre todo, de Casiodoro, para dar idea del papel reservado en las monarquías bárbaras a estos subalternos que, convertidos en ministros omnipotentes, no habían de dejar que pereziesen las tradiciones romanas. Todo, pues, siguió siendo romano: el espíritu del Gobierno, las instituciones, los hombres directivos y hasta el lenguaje oficial. Al leer, por ejemplo, los documentos emanados de la cancillería de Teodorico el Grande, se creería uno en el Imperio de Justiniano y no en el reino de los ostrogodos.

Lo dicho basta para mostrar que los reinos bárbaros de que aquí se trata son, propiamente hablando, los últimos productos de la decadencia romana. No vienen a abrir un mundo nuevo, sino que cierran el antiguo, al cual pertenecen completamente, y que los ha absorbido del modo que se acaba de ver. Hasta aceleran su desaparición en el momento mismo en que parecen trabajar por conservarlo; en efecto, era imposible que sus manos groseras y poco hábiles tocasen el mecanismo complicado de la sociedad imperial sin descomponer sus ruedas; sus ministros romanos no pudieron estar en todas partes y conjurar todo el mal.

Por otra parte, había en la vida pública romana una multitud de instituciones que respondían a necesidades no comprendidas o ignoradas por los bárbaros, y que forzosamente hubieron de degenerar y desaparecer. La administración, aquella obra maestra de la buro-

¹ *Vita S. Epiphanií*, c. 54.